Domingo 8 julio 2007
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Lc 10,1-12.17-20

Mi paz del doy

El domingo pasado el Evangelio de Lucas nos presentaba el momento en que Jesús comienza su camino a Jerusalén. Era un momento esperado, después que el evangelista nos ha informado sobre la conversación de Moisés y Elías con Jesús durante su transfiguración: «Hablaban de su partida, que iba a cumplir en Jerusalén» (Lc 9,31). Ese momento adquiere importancia a la luz de lo que el mismo Jesús declara: «No cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén» (Lc 13,33).

En el momento de partir hacia ese destino «Jesús envió mensajeros delante de sí» (Lc 9,52). Se entiende que estos primeros mensajeros son sus doce apóstoles, pues los que intervienen, cuando en un pueblo de samaritanos le niegan la posada, son dos de ellos: los hermanos Santiago y Juan. Así se explica que el Evangelio de hoy hable de «otros» enviados: «Después de esto, designó el Señor a otros 72, y los envió de dos en dos delante de sí...».

Dos caminos tenía Jesús para ir desde Galilea a Jerusalén: por la costa o por la cuenca del Jordán. En ambos casos habría evitado la Samaría. Pero Lucas nos informa que él viajó precisamente a través de Samaría. Y podemos deducir que no fue un viaje emprendido al azar: fue minuciosamente preparado y programado. Jesús tenía decidido el camino que iba a seguir y todos los pueblos y lugares donde pensaba detenerse. Y, además, quería que esos lugares –al menos, 36 lugares- estuvieran preparados para su llegada: a esos 72 «los envió de dos en dos delante de sí, a todos los pueblos y lugares a donde él había de ir».

A continuación Jesús instruye a sus enviados sobre el modo de prepararle el terreno: «En la casa en que entren, digan primero: "Paz a esta casa"». En este caso no es simplemente al saludo hebreo: «Shalom». En este caso es una palabra eficaz que, junto con desear ese bien –la paz-, lo comunica al destinatario. Aquí Jesús está hablando de esa paz que él mismo da a sus discípulos: «La paz les dejo, mi paz les doy». Aclara que esta es la paz que él mismo posee: «Mi paz». Y acentúa una diferencia: «No se la doy como la da el mundo».

La palabra «shalom» deriva de la raíz hebrea «shlm» que significa: ser íntegro, estar en la plenitud, no carecer de nada. Cuando un judío saluda así está deseando lo mejor. Pero es sólo un buen deseo. En cambio, cuando Jesús saluda así, él está restituyendo al hombre a su integridad

original, la que perdió a causa del pecado. Todo el bien del hombre consiste en su amistad con Dios. Esta es la que Jesús comunica cuando dice: «Mi paz les doy». Y esta es la que Jesús manda a sus enviados comunicar, porque también ellos la poseen: «Si hubiere allí un hijo de paz, la paz de ustedes reposará sobre él; si no, se volverá a ustedes». Ser «hijo de la paz» es una expresión idiomática judía que significa anhelar ese bien supremo del ser humano y estar dispuesto a recibirlo. Triste cosa es no ser «hijo de la paz». Significa verse privado de la amistad con Dios.

Cuando a Jesús no lo recibieron en un pueblo de Samaría él no quiso que ese pueblo recibiera más castigo que verse privado de su presencia. En cambio, cuando un pueblo no recibe a sus enviados, el castigo es mucho mayor: «Les digo que en aquel Día habrá menos rigor para Sodoma que para aquel pueblo». Se refiere al día del juicio (cf. Mt 10,15). Todos sabemos la gravedad del pecado de Sodoma y el castigo que mereció (cf. Gen 19,24). Es que, en realidad, se trata de recibir o rechazar a Cristo mismo y, en último término, a Dios mismo: «Quien a ustedes recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado» (Mt 10,40).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles